CARTA LINGUISTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 24 de Febrero de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de toda mi consideracion:

Dos son en el bascuence las letras generadoras de sus pronombres, de sus artículos y de sus auxiliares activo y pasivo; y estas dos letras, primeros cimientos sobre los cuales se ha de fundar más tarde todo el edificio de la gramática euskara, son las vocales *i*, *a*, que desempeñan dentro de la lengua funciones análogas á las que desempeñan las células orgánicas en la materia viva. Importa, pues, que las conozcamos bien en sus orígenes para poder sorprender la nocion fundamental que trajeron á la lengua y de la cual han de derivar las múltiples é importantes funciones que más tarde han de desempeñar dentro de la misma. Entremos, pues, en materia.

La vocal *i* es la onomatopeya de los sentimientos que despierta en el hombre aquella fuerza oculta y misteriosa que anima la vida de los seres, y á la cual deben estos su existencia, y ha servido primitivamente para designar la existencia misma, pasando para ello de la causa á los efectos, como acostumbra hacerlo la lengua en la designacion de todos los objetos, llamándolos por sus cualidades más relevantes. Con esta significacion ha pasado á ser dicha vocal la raíz elemental

y generadora de la voz *i-z,* en la cual unida con la *z* abundancial, ha formado la radical del auxiliar pasivo euskaro *iz-an* (ser) del cual derivan sus similares el latino *esse,* el francés *être,* el español *ser,* el inglés *be,* el aleman *sein,* etc.: véanse, al efecto, los presentes de estos verbos; *na-iz, a-iz* para el bascuence, *su-is* para el francés, *es* para el español, *is* para el inglés, *ist* para el aleman y no olvidemos que este auxiliar, con su congére el activo, son los indicadores de la naturaleza de los verbos y los generadores de todos sus tiempos definidos; de modo que no hay en las variadas conjugaciones de los mismos una sola, de la cual no formen aquellas vocales una parte integrante y constitutiva. La vocal *a* es á su vez la onomatopeya de los sentimientos que despiertan en el hombre la posesion, dominio ó propiedad y las ideas placenteras que son su obligada consecuencia. Ha servido primitivamente en el bascuence para designar la situacion de los séres, entes ú objetos, á los cuales el hombre primitivo ha supuesto los posesores de los lugares que ocupan por disposicion de aquella suprema inteligencia que lo ha ordenado todo, asignando á cada ser el sitio que le corresponde, y fijándole límites que jamás podrá traspasar: de este modo el mar es el dueño de las tierras que cubre, los rios de sus cauces, el viento de la atmósfera en que se agita, el sol y estrellas del firmamento, los montes de los lugares que ocupan, y últimamente el microscópico insecto del punto por el que se une á la tierra. Ahora bien; la lengua haciendo relacion á esta supuesta posesion por los seres de los lugares que ocupan, se ha servido de la vocal *a* para designar su *situacion.* Esta misma raíz por las razones expuestas, ha pasado á ser la generadora de la voz *au* (posesion) la cual modificada ligeramente por la eufonía en su afin *eu,* forma la radical del auxiliar activo euskaro *eu-ki* (haber ó tener), del cual derivan sus similares el *hab-ere* latino, primitivamente *au-ere,* más tarde *av-ere* y por fin *habere;* el francés *av-oir,* primitivamente *au-oir,* el español *haber* derivado del latino, el inglés *ha-ve,* primitivamente *hau-e,* el aleman *haven* etc. etc. Esta misma voz tambien ha formado en el bascuence las palabras gráficas *eu-ria,* lluvia, literalmente (hacedor de posesion) *averia* (animal), variante ligera de la anterior con el mismo significado de hacedor de posesion, ó abundancia, sus derivados *aberatza* (rico), literalmente abundancia de ganados, y *aberaztasuna* (riqueza). A este número pertenece el latino *aurum* (oro) literalmente hacedor de posesion, ó riqueza, la cual ha conservado

mejor su fisonomía primitiva que la voz euskara *urria,* que se halla más bastardeada. Ahora bien; si tenemos en cuenta que los auxiliares, como hemos dicho más arriba, son los generadores del verbo, parte la más noble que tiene la gramática, que es á su vez, como el alma de la lengua, comprenderemos la participacion activa que han tenido en la formacion de ésta aquellas raíces generadoras, orígen primero del verbo de la lengua. Por esta razon creemos que aquellas onomatopeyas han sido las primeras voces que han salido del pecho humano en el hombre adulto, como la nocion de la existencia que han traido consigo ha sido la primera que ha alumbrado la inteligencia humana; por lo menos, es lo cierto que el conocimiento de las cosas ha debido preceder á los nombres que llevan, como el verbo ha precedido á sus diversas formas y accidentes.

Así es, que cuando el hombre primitivo fué imponiendo sus nombres á los diversos entes que le rodeaban, designándolos siempre por sus cualidades más características, unió con ellos las voces expresadas *i, a,* y afirmó por su medio las dos primeras relaciones, necesárias y esenciales á todo ser, esto es, su existencia y el punto en que esta radica y el medio ó lugar en que se manifiesta su *situacion:* póngamos por ejemplo; llamado el hombre *gizon,* añadióle la *i,* y convertida entónces esta raíz en un articulo indeterminado, afirmó su existencia, derivando al efecto la palabra *gizon-i* (hombre); unióle luego la vocal *a* con la significacion arriba señalada, y convertida aquella voz en un artículo determinado, afirmó la personalidad humana, la entidad *hombre,* diferente de las entidades que no son el hombre, señalándole de este modo el puesto que le corresponde en la gerarquía de la naturaleza creada; mas el hombre, ser gerárquico, aparecia tambien como persona agente ó sujeto dotado de actividad propia; para expresar ahora este nuevo estado ó relacion, el bascuence unió con los anteriores artículos la áspera y fuerte consonante *k,* tan abonada por su consistencia y fortaleza para representar el principio activo y por su medio derivó dos nuevos artículos *ik, ak,* agrególos al nombre y se formaron las dos nuevas voces *gizon-ik,* (hombre agente) forma indeterminada, y *gizon-ak* (el hombre agente) artículo determinado: entónces las dos voces anteriores restringidas en sus antiguas atribuciones por la concurrencia de las nuevamente llegadas y careciendo del signo de actividad *k,* de que están dotadas las últimas, quedaron reducidas para expresar las formas pasivas, las últimas para las activas,

y la lengua quedó dotada de artículos pacientes y artículos agentes. Pasemos adelante.

El hombre, aquel ser gerárquico, paciente unas veces, y agente otras, se convertia á su vez en posesor; y para expresar este nuevo estado el bascuence se valió de la consonante locativa *n,* que significa pertenencia, y cuyas funciones son bien conocidas de los filólogos todos; unió, pues, esta nueva letra con la significacion expresada al artículo determinado *a,* y derivó de este modo el genitivo posesor *gizon-an,* (del hombre) (el dialecto guipuzcoano dice *gizon-aren,* dotándole, al efecto, del senso *re* para hacerla más eufónica y musical). Continuemos.

El hombre, aquel ser gerárquico paciente unas veces, agente y posesor otras, se convertia á su vez en receptor ó persona recipiente; para expresar este nuevo estado, unió la lengua de dos artículos, hechos pasivos, *i, a* por medio de la *r* eufónica, nota de movimiento, y derivó de este modo el dativo recipiente con la voz *gizon-a-r-i* (á el hombre ó para el hombre); dotóles luego del signo de pluralidad *e,* y de este modo completó los artículos, ó sean, casos de declinacion que son cuatro en el bascuence: primero agente, segundo paciente, tercero posesor, y cuarto recipiente. De ellos ha nacido la variada declinacion de la lengua latina, que si bien ha perdido mucho de su primitivo carácter, conserva, no obstante, indicios ciertos de su origen euskaro en la terminacion constante en *i* de su dativo, y en otros detalles en que no queremos entrar por ahora.

JOSÉ DE GUISASOLA.

Nota 1.ª Es un hecho fisiológico que el terror, miedo y otras pasiones deprimentes, lo mismo que el frio agente físico, contrae todas y cada una de las fibras del organismo humano; 1.º las facciones del semblante que toman un aspecto característico conocido de todos, 2.º la piel que se frunce á su vez para tomar el aspecto de piel de gallina, 3.º los músculos, cuyas contracciones provocan aquellos temblores propios del miedo (y tambien del frio), 4.º el corazon cuya parálisis y contraccion provoca aquellas angustias que llegan hasta el síncope y aun hasta la muerte, 5.º los pulmones, cuya contraccion dificulta la entrada del aire provocando á su vez aquel sentimiento de extrangulacion interna, cual si un nudo apretara la gar-

ganta, 6.º los órganos de la voz, cuya contraccion estrecha, constriñe y casi oblitera los conductos formados por la laringe, glótis y cavidad bucal. Ahora bien; si bajo el influjo de aquel sentimiento el hombre llevado por su natural instinto profiere una voz, la nota ó acento que saldrá de su pecho, no podrá ser la extensa *a,* tuya prolacion exige la previa dilatacion de aquellos conductos, ni tampoco la redonda *o* por iguales razones: por el contrario, la nota que dé el pecho en este caso sera la aguda *i* ó una variante sobre esta vocal, cuya prolacion, en efecto, se efectúa cuando estrechados aquellos conductos contrae la columna de aire espirada imprimiéndola una forma linear la misma que tiene en los alfabetos conocidos, tomada de la que tiene el aire espirado en su prolacion; tal es la opinion de Astarloa.

Ahora bien; esta nota ó acento provocado por las causas citadas, ha sido la onomatopeya de que se ha servido la lengua para espresar el temor respetuoso, instintivo, y muchas veces supersticioso de que se ha sentido poseido el hombre primitivo ante aquella oculta, poderosa siempre y muchas veces imponente, que anima y vivifica los diversos entes que pueblan el universo, y haciendo relacion á este misterioso principio ha venido á designar la existencia. Muchas pruebas sacadas de ambas lenguas bascuence y latin podemos presentar en favor de nuestro aserto: citemos, pues, algunas; *itz-ai-a* eufonizado *etzai-a* (el espíritu), literalmente seres en movimiento; *itz-al-a* (el miedo ó terror estremado) lit. ser ó ente poderoso; *iz-otz–a* (hielo) lit. principio ó ente frio; en latin *ens, tis* (el ente), *esentia, æ* (la esencia), *s-to, as, are* (estar), sus derivados *ex-is-to, is, ere* (existir) y *existentia* (la existencia), las *sss* líquidas perdieron la *i* inicial de *is): itz-a, p-itz-a, b-itz-a* (la fuerza) *b-iz-arr-a* (la barba) signo de fortaleza propio de varon lit. hacedor de fuerza, *b-iz-karr-a* (los lomos) lit. hacedor á fuerzas, *iz-tarr-a* (el muslo) lit. hacedor (?) de movimiento; en latin *vir, i* (el varon) *vires, ium* (las fuerzas) *virtus, tis,* (la virtud) *is-chion, ii* (la cadera); (la *s* en estos ejemplos se ha convertido en *r); biz-i-a* (la vida), *bi-zitz-ia* (el vivir), *biz-otza* ó *biotza* (el corazon) lit. el ruido de la existencia ó del ser, latin *vita, æ* (la vida): *itz-a* (la palabra), *oro-itza* (recuerdo), lit. alta palabra; *iz-ena* (el nombre), *iz-ka-ri-a* eufonizado *euskaria* el bascuence lit. hacedor de palabras y sustantivado lenguaje, *izkaraduna* (el bascongado) eufonizado *euskal–duna* lit. el del lenguaje: latin *s-tillus* (el estilo) lit. tilo ó punzon de palabras, *scribo, is, ere* (escribir) lit. cribar ó gravar palabras, etc., etc.

Para terminar esta lista diremos que cada uno de los fenómenos descritos arriba y provocados por el sentimiento del miedo en sus grados diversos, tiene en el bascuence su onomatopeya; en efecto, el fruncimiento se llama *iz-urra;* el temblor *(i-ka-ria)* palabra gráfica cuyo sentido literal es el que hace *iii;* las angustias del corazon que llegan al síncope y la muerte tienen la suya en el verbo *il* (morir, espirar); el sentimiento de estrangulacion en el verbo *i-tu* ó *i-to* (ahogar) lit. hacer *i;* la forma lineal del aire espirado en las voces *i-a* (el junco) planta lineal; *i-lia* (el pelo) lit. hacedor de *i* como *eu-lia* hacedor de lienzo ó tejedor; *il-ban-a* (el hilvan) lit. a un hilo; en latin *p-il-us* (el pelo), *f-il-us* (el hilo); *il-tzi-a* ó *ul-lzi-a* (el clavo); latin *ul-cus, eris* (úlcera); *bul-tzi-a* (el empujon); latin *pul-cus* (el latido), y últimamente aquella actitud encogida del cuerpo propia del miedo lámase *bill-durr-a* (el temor), derivado de *bill-du* (recoger, reunir), lit. hacedor de encogimiento.

Nota 2.ª Las ideas placenteras, consecuencia obligada de la posesion ó dominio, producen efectos diametralmente opuestos, y bajo su influjo, lo mismo que bajo el del calor, agente físico, se dilatan todas y cada una de las fibras del organismo humano: compréndese, pues, que en este estado la nota que dará el pecho humano no será la aguda *i,* por las razones arriba dichas, sino la *a* estensa, la cual, haciendo relacion á supuesta posesion por los seres de los lugares que ocupan ha servido primitivamente para designar su situacion.

Tal es el origen y tal la significacion de las vocales *i, a;* y tal ha sido en nuestro concepto el origen de las demas letras del alfabeto: cada una de ellas es, segun esto, un acento salido del pecho del hombre, una onomatopeya humana, y estos acentos reunidos y asociados en mil diversas combinaciones han formado la testura de la gramática en cuya construccion no han tenido cabida las onomatopeyas de la naturaleza: los ruidos remedados de los entes, manantial fecundo de vocablos, tienen un origen demasiado humilde para formar aquella noble parte que se ha llamado el alma de las lenguas; solo los acentos arrancados al alma humana por las mil ideas que atan su mente, podian llenar cumplidamente tan alto fin.

CARTA LINGÜISTICA.

Eibar 13 de Abril de 1885.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de toda mi consideracion: Al exponer en el último remitido el origen y formacion de los artículos euskaros, asistíanos la confianza de que la onomatopeya *i*, signo en nuestra declinacion de dativo recipiente, habia sido, no obstante, en sus orígenes un artículo paciente, tal cual dejamos establecido en aquel lugar, fundándonos al efecto en las analogías tangibles, visibles y manifiestas que median entre las onomatopeyas *i, a,* y las voces derivadas de ellas *ik, ak;* mas no habiendo podido apreciar entónces en su justo valor las causas que habian motivado aquella trasposicion y cambio en el signado de la voz, tuvimos que limitarnos á consignar el hecho, fiando al tiempo y á la verdad de las análisis practicadas la confirmacion de nuestro aserto.

Afortunadamente ha llegado este tiempo, y en su consecuencia aquella nota discordante que parecia interponerse entre nuestra doctrina y las enseñanzas de la gramática, ha desaparecido en el instante mismo en que hemos adquirido la certeza de que la trasposicion y cambio citados han sido la consecuencia necesaria y el efecto obligado de una ley de la historia natural y de la historia civil, aplicable igualmente á las lenguas, y la cual formulan los sabios diciendo que todo ser en la naturaleza, así como todo órgano en el individuo y toda institucion en la sociedad, desaparecen y mueren una vez que han cumplido su destino y realizado la obra que les fuere encomendada.

En virtud, pues, de esta ley que se reproduce en la vida de las

lenguas con una fidelidad de que apénas tienen idea los más eminentes de los filólogos, la onomatopeya *i*, representante del periodo embrionario de la lengua y generadora de los nombres y artículos, primeras formas gramaticales, desapareció apénas hubo completado la declinacion que fué su obra, á la manera que los órganos de la circulacion placentaria que alimentáran la vida del feto hasta su término desaparecen al nacimiento de éste vueltos incompatibles con la vida del niño que nutrieron á costa de su existencia.

Mas así como la materia desecada de aquellos órganos se transforma para dar origen á otros que ejercen funciones de un órden muy distinto en la nueva vida del niño, así tambien la onomatopeya *i*, al perecer para la declinacion, se transforma en el signo de dativo recipiente *i* que desempeña dentro de la gramatica funciones de un órden muy distinto á las que ejerciera su progenitora. Tal es el secreto de la trasposicion y cambio en el signado de aquella voz.

Pasemos, pues, á las pruebas.

La primera que podemos ofrecer á los lectores es la repeticion de hechos análogos en todas y cada una de las demás partes gramaticales, las cuales á su vez han tenido generadoras que han desaparecido, y cuya existencia tan solo puede comprobarsepor la via del raciocinio, unido al conocimiento de las leyes por que se ha regido el bascuence en su formacion. Pongamos algunos ejemplos: Los infinitivos primitivos *iz* (existencia, ser), *au* (posesion, haber), generadores del verbo euskaro, desaparecieron apénas hubieron completado la conjugacion, que fué su obra, transformándose á consecuencia de este hecho en los infinitivos actuales *izan* y *euki*, que distan tanto de los primeros, como el signo de dativo recipiente *i* de la onomatopeya de que naciera: los pronombres personales del verbo desaparecieron á su vez al fundirse con aquellos infinitivos primitivos para formar las inflexiones de nuestros tiempos, transformándose á consecuencia de este hecho en aquellas características de persona que distan tanto de los pronombres, sus progenitores, como los infinitivos actuales de los primitivos de que derivan. Ultimamente, la característica misma de tercera persona desapareció al fundirse con aquel infinitivo generador, porque siendo este á su vez una tercera persona, no necesitaba indicadora de su mismo estado.

En artículos que han visto la luz en esta Revista hemos probado nosotros que el auxiliar activo euskaro, generador de todo tiempo ac-

tivo y definido, desapareció en el latin, apénas hubo completado la conjugacion activa de esta lengua que fué su obra, transformándose á consecuencia de este hecho en el verbo *au-ere,* despues *habere,* en el cual se atrofiaron las facultades de auxiliar de que gozaba su progenitora. Ahora bien; por iguales motivos la onomatopeya *i,* generadora de los artículos desapareció de nuestra gramática, cuando hubo completado la declinacion que fué su obra, como vamos á demostrar á continuacion. Pasemos, pues, á las pruebas.

El lector dotado de un criterio razonable, no podrá ménos de convenir con el sagacísimo Astarloa, que todos los nombres de la actual gramática comenzaron en sus orígenes siendo nombres propios por la sencilla razon de que el individuo ha precedido á la especie, como el uno ó número primero ha precedido á los que han llegado despues: tambien convendrán con el mismo autor cuantos sepan que las voces de una lengua léjos de ser el producto de caprichosa casualidad, son por el contrario definiciones más ó ménos exactas de los conceptos por ellas expresados, que todos aquellos nombres propios hacian referencia á las cualidades de sus signados, y eran bajo este punto de vista verdaderos adjetivos incapaces de ejercer las funciones de los nombres sin manifiesta infraccion de toda regla gramatical, vicio en que no pueden incurrir las lenguas sin ponerse en oposicion con sus propias leyes. De este razonamiento tan sencillo como lógico, se deduce la deficiencia de todos los nombres gramaticales representados en aquellos adjetivos para dar nombre al ser y vivificar la palabra humana; y si bien aquel filólogo nuestro al sentar esta doctrina no supo resolver el difícil problema de los orígenes del lenguaje, supo por lo ménos plantear la cuestion en su verdadero terreno formulándola en la siguiente sencilla pregunta.—Si ninguna de las voces hoy existentes pudo dar al ser su nombre, cómo se operó la misteriosa vivificacion de la palabra humana? Nuestro ilustre compatriota emitió en este punto su dictámen diciendo que las cualidades de los sujetos se convirtieron por antonomasia en los nombres de los mismos; mas como los sujetos calificados por aquella figura retórica han tenido una vida real y positiva con un nombre tambien conocido, era preciso para que aquella opinion fuera aceptable y válida que los sujetos calificados por aquellos adjetivos tuvieran á su vez una vida real y positiva y un nombre conocido en la lengua, y en efecto, así es la verdad.

Repasen los lectores las análisis practicadas en nuestro último re-

mitido y verán allí que ántes de la aparicion de todo nombre gramatical, tenian los sujetos el suyo en aquella onomatopeya *i* con la cual designó el hombre primitivo el misterioso principio que en su concepto anima y vivifica todos los objetos creados, prueba segura de que detrás de estos veia la mano invisible de aquel Supremo Hacedor, cuya presencia sentia dentro de sí mismo, y cuyos beneficios recibia, pero cuya grandeza y poder le espantan y anonadan, despertando en su pecho aquellos sentimientos de respetuoso y religioso temor, expresados con elocuencia sin igual por aquella nota *i* salida de su pecho y primer nombre con que la criatura ha saludado á su Criador. (Consúltense las voces euskaras *jaun, jabe,* (señor y dueño) y la hebrea *jeovah).*

Esto sentado, fácil es asistir al nacimiento de la palabra humana. En efecto, bastóle al hombre unir las cualidades de los sujetos expresadas por aquellos adjetivos con el sujeto mismo por medio de aquella onomatopeya *i,* nombre de todo ser y nota de su existencia: hízolo así, y de esta union tan sencilla como fecunda en resultados, nació el primer nombre gramatical, dotado de virtualidad bastante para producir las lenguas conocidas, porque llevaba dentro de su seno y en aquella onomatopeya *i* el espíritu creador que todo lo anima y vivifica: de este modo tuvo lugar la misteriosa vivificacion de la palabra humana.

En este relato se ve que el hombre semejante al Prometeo de la fábula, ya que no pudo robar al cielo el sagrado fuego con que animó su estátua de barro el héroe mitológico, robóle por lo ménos su nombre al ser para animar con él su palabra que en virtud de este nacimiento quedó dotada de espíritu, y de este espíritu procede el alma de las lenguas, mortal y perecedera, como toda obra humana.

Ahora bien; como el principio de la existencia no pudo ser revelado al hombre, sino por sus obras, ni estas tampoco sino por el lugar que ocupan en la extension del universo creado, sucedió que juntamente con la onomatopeya *i,* nota de la existencia del ser, nació la onomatopeya *a,* nota de su actividad, manifiesta en el lugar en que se ejerce y en el sitio en que vive, ó lo que es lo mismo, en la situacion que ocupa en la gerarquía del órden creado: uniéronse, pues, ambas onomatopeyas, y de esta union nació la doble *i a,* primera palabra compuesta que salió de los labios humanos, y á favor de la cual pudo el hombre distinguir los séres gerárquicos unos de otros.

Pongamos un ejemplo: llamado el hombre *gizon* por su superioridad sobre las demás criaturas, uniósele la onomatopeya *i*, nota de su existencia, y nació la palabra *gizoni;* entónces el hombre tuvo su nombre propio característico y bien definido; uniósele luego la doble onomatopeya *ia* y nació la voz *gizon-ia;* el hombre fué entónces distinguido de los demás seres: dotóle luego de los signos-artículos de que hemos hablado en el último remitido, y nació entónces la primera declinacion del bascuence, que decia así: *gizon-i* (paciente) *gizon-ik* (agente), *gizon-in* (posesor), *gizon-iri* (recipiente): *gizon-ia* (paciente), *gizon-iak* (agente), *gizon-ian* (posesor), *gizon-iari* (recipiente). Ahora bien; fíjese el lector en esta clasificacion, y observará que la generadora *i*, robándole la claridad y distincion que debia tener, entorpece de un modo insoportable la expresion, en términos tales que aquella onomatopeya se ha hecho incompatible con la existencia de la declinacion que fué su obra. En cumplimiento, pues, de la ley arriba mencionada debe desaparecer para que su obra nazca viable, á la manera que las especies inferiores que preparan y elaboran la tierra para recibirá los organismos superiores que han de venir á reemplazarles, desaparen cuando estos últimos entran en escena, vueltas incompatibles con aquella misma tierra que labraron á costa de su existencia.

Realizóse, pues, la ley, y en su consecuencia aquella declinacion primitiva quedó modificada en la siguiente forma: *gizon, gizon-ek, gizon-en, gizon-i* origen de los nombres partitivos: *gizon-a, gizonak, gizon-an, gizon-ari,* origen de los nombres apelativos.

El lector observará ahora que el artículo *i* paciente de la primera declinacion se ha convertido en la segunda en signo de dativo recipiente, tal cual hemos consignado al comenzar el artículo. (Véase la nota.)

Continuemos aún para poder apreciar el desarrollo de nuestra declinacion en los nombres que han de nacer más tarde de los primitivos de que nos hemos ocupado. Cuando el hombre se multiplicó y llegó el individuo á convertirse en especie en virtud de aquella multiplicacion, aquellos nombres primitivos, muy abonados para designar el individuo-especie, se hicieron inhábiles para distinguir los sujetos entre sí y dentro de la especie; entónces surgió en la lengua la necesidad de crear nuevas características, á cuyo favor pudiera designarse cada uno de aquellos sujetos para distinguirlos de este modo los unos de los otros: estas características unidas en un principio al nombre ge-

nérico concluyeron por separarse y nacieron entónces los nombres propios actuales. Supongamos, pues, que esta separacion se habia ya efectuado y que el sujeto que queríamos nombrar se llamará Martin. Su declinacion debia ser del modo siguiente: *Martin, Martin-ek, Martin-en, Martin-i,* y si concluia en vocal de este otro modo: *Peru, Peru-k, Peru-n, Peru-ri* (la *r* es eufónica), y tal es en efecto la declinacion de nuestros nombres propios. Como los numerales son características del mismo genéro, inhábiles tambien para distinguir la especie y la categoría, su declinacion debe ser igual á la de los nombres propios y expresarse del mismo modo: *Bat, bat-ek, bat-en, bat-i* (uno); *Bi, bi-k, bi-ren, bi-ri,* (dos) etc. Tal es, en efecto, la declinacion de todos los nombres en nuestra lengua.

Hagamos una última reflexion: la razon natural nos dicta que la lengua á cuya sabiduría se prodigan tantos elogios no pudo incurrir en el grosero error de dotar á sus adjetivos primitivos de los signos de actividad posesion? etc., sin ántes dotarle del signo de su existencia, condicion necesaria para aquellas manifestaciones.

En los artículos sucesivos tendrá el lector ocasion de ver confirmada la doctrina hoy sustentada, y suplicándole la insercion de este largo remitido, tiene el honor de saludarle este su afmo. amigo y

S.S.Q.B.S.M.

JOSÉ DE GUISASOLA.

NOTA: El dativo recipiente de nuestros nombres partitivos *gizon-i* admitió. la consonante *k* para derivar la voz *gizon-ik;* mas este signo de actividad por un delicado mecanismo de nuestra lengua, poco ó nada conocido, hace referencia á un agente que no se halla expresado en aquella voz: así, cuando decimos *gizonik onena* (el mejor hombre, y literalmente el poseedor de lo bueno ó hombre entre hombres) hacemos referencia á este posesor que es por su naturaleza un agente esencialmente activo; si decimos *mendirik mendi* (de monte á monte), *baztarrik baztar* (de rincon en rincon) hacemos referencia al sujeto ó agente que recorre los montes y los lugares, y así sucesivamente en todos los demás ejemplos en que juega este artículo.